

**FRANCIS FUKUYAMA**

**EL FIN DE LA HISTORIA Y EL ÚLTIMO HOMBRE**

---

**UNA VISIÓN OPTIMISTA DE LA EVOLUCIÓN DE LA HISTORIA**

POR VICENTE HUESO GARCÍA

*FUKUYAMA, Francis. **The end of History and the last man**, editada en 1992 en Nueva York por The Free Press (edición española traducida en 1992 y publicada por Editorial Planeta, Barcelona), 31 capítulos y 463 pags.*

El autor nació en Chicago en 1952, se formó en las universidades de Harvard y Yale. Doctor en Filosofía y Letras, y ha sido director adjunto de planificación política en el Departamento de Estado y asesor residente de la Corporación Rand en Washington D.C.

La obra resulta particularmente interesante para estudiosos de la ciencia política y de la sociología, así como aquellos que se interesen por la evolución del orden mundial.

Con el hundimiento del comunismo se ha vuelto a reavivar el debate sobre hacia dónde avanza la humanidad. A lo largo de los tiempos ciertas doctrinas y pensadores, si bien desde diferentes ópticas, compartían la idea de que la historia tiene su fin como consecuencia de la existencia de una historia universal de la humanidad moviéndose hacia una meta. Esta idea estaba implícita en la concepción cristiana de una historia finita que se acaba con la nueva venida del Mesías, pero es igualmente inherente a la secularizada idea de progreso, que va centrando el sentido de la historia en el desarrollo de la libertad.

Tanto para Hegel como para Marx, la evolución de la sociedad universal no era infinita, sino que acabaría cuando la humanidad hubiese alcanzado una forma de sociedad que satisficiera sus anhelos más profundos y fundamentales. Para Hegel, el fin de la historia llegaría cuando en la sociedad no existieran contradicciones, es decir, cuando se alcanzara la democracia liberal; mientras que para Marx ese fin era una sociedad comunista. Sin embargo, para Nietzsche la historia termina más bien en un profundo gemido, puesto que el fin de la historia sumirá al mundo en un violento caos de guerras mundiales del que acabará surgiendo un nuevo sentido. Por tanto, el «fin de la historia» debe entenderse como el último estadio de la evolución de la sociedad.

Francis Fukuyama volvió a plantear esta vieja cuestión en 1989, una vez que el comunismo había caído, en un artículo publicado en la revista *The National Interest*, origen de este libro. En él, se argüía que la democracia liberal podía constituir **«el punto final de la evolución ideológica de la humanidad»**, la **«forma final de gobierno»**, y que como tal marcaría **«el fin de la historia»**.

Los argumentos vertidos en aquel artículo provocaron las más diversas reacciones, aunque las críticas superaron a las alabanzas. El libro posteriormente publicado intenta matizar y profundizar sobre su tesis original:

*«Si al final del siglo XX tiene sentido que hablemos de nuevo de una historia direccional, orientada y coherente, que posiblemente conducirá a la mayor parte de la humanidad hacia la democracia liberal».*

«The end of History» es acompañado, en el libro, por «the last man», donde analiza la evolución y el papel del ser humano en el último estadio de la historia. La contribución de Fukuyama procede de la interpretación de la dialéctica de Hegel sobre la historia, y de la interpretación que sobre este filósofo lleva a cabo el ruso Alexandre Kojève. La historia humana se debe entender como un diálogo o una competición entre diferentes regímenes o formas de organización social. Las sociedades se refutan unas a otras, a veces mediante la conquista militar, otras veces por la superioridad política o militar. Cada estadio elimina algunas contradicciones de la etapa anterior, hasta que con el paso de los siglos se llega a una sola forma de organización social, la democracia liberal. Ante la falta de contradicciones internas de este sistema dejan de existir alternativas, en ese momento se ha llegado al «fin de la historia», es decir, a la etapa final de la evolución de la humanidad, que el autor denomina «poshistórico».

Para dar respuesta adecuada al planteamiento de partida, el libro lo divide en cinco partes. La primera analiza las razones que han llevado a la humanidad, en este presente siglo, a ser más pesimista en términos históricos y por qué ahora se puede volver a plantear de nuevo la posibilidad de estar desembocando en una historia universal.

En la segunda parte analiza la ciencia natural moderna como motor de la historia, ya que da dirección y coherencia. La dirección que marca la ciencia es una evolución hacia el capitalismo. La coherencia significa que la misma produce un efecto de uniformidad en todas las sociedades. Sin embargo, la ciencia natural moderna aunque es suficiente para explicar la uniformidad de las sociedades modernas y su evolución, no explica por qué la democracia liberal se va extendiendo por doquier y por qué las otras ideologías han fracasado en los umbrales del siglo XXI.

Por eso, en la tercera parte presenta una segunda interpretación del proceso histórico, paralela a la segunda, pero dando un mayor protagonismo al hombre entero y no sólo a su lado económico. El centro de su argumentación va a ser el «reconocimiento». El deseo de reconocimiento por parte del hombre en general y de las distintas sociedades en particular, ha sido el origen de la tiranía, del imperialismo y del dominio. Fukuyama demuestra que la democracia ha sabido transformar el reconocimiento personal, fuente de conflicto, en un reconocimiento universal, mejorando la convivencia de la sociedad en general. Es por ello que la democracia liberal es el fin de la historia, pues ha conseguido erradicar las contradicciones.

En la cuarta parte del libro, una vez analizado el reconocimiento como motor de la historia, éste permite reinterpretar muchos fenómenos como la cultura, la religión, el trabajo, el nacionalismo y la misma guerra. También analiza cómo serán las relaciones internacionales, los nacionalismos y la guerra entre naciones que dispongan de un sistema democrático liberal y entre éstas y aquéllas que no hayan hecho la transición hacia el final de la historia.

En la quinta y última parte del presente libro se ocupa de la cuestión del «fin de la historia» y del ser humano que surge de él, «el último hombre».

El siglo XIX fue un periodo de optimismo pues en su conjunto reinó la paz y aumentó el bienestar material. Los elementos que fundamentaron ese optimismo fueron por un lado, los avances de la ciencia moderna, que mejoraron el bienestar material de los hombres y por otro, la creencia de que la democracia liberal terminaría por reinar en el mundo, al ir corro-

yendo a los sistemas totalitarios de la época. Pero esas esperanzas se hicieron trizas con el advenimiento en el siglo XX de las dos conflagraciones mundiales. Las guerras crearon una desconfianza y un hondo pesimismo, especialmente en Europa. Estas crisis plantearon los primeros interrogantes, ¿hay realmente un progreso histórico -lo que significa que la humanidad progresa en una determinada dirección- o más bien la historia es cíclica? La ciencia, unos de los pilares del progreso, demostró que también tenía su cara maligna, al poder producir graves daños a la humanidad, si no estaba sustentada por un progreso moral paralelo al hombre. La democracia liberal, el otro pilar, estaba siendo desafiada por los totalitarismos y como afirma Fukuyama:

*«En nuestro tiempo, una de las manifestaciones más claras de pesimismo fue la casi universal convicción de la permanencia de una vigorosa alternativa comunista-totalitaria a la democracia liberal occidental».*

Sin embargo, los acontecimientos de la segunda mitad del siglo, especialmente la caída del comunismo, la desaparición de un mundo de bloques, el hundimiento de muchas dictaduras, tanto de izquierdas como de derechas, y el florecimiento en su lugar de democracias prósperas y estables ahogó ese pesimismo incipiente, rebrotando la vieja cuestión de la existencia de algo así como una historia universal de la humanidad y la utilidad de la acumulación de las experiencias anteriores para dar rumbo a la sociedad hacia una determinada meta en su conjunto.

Fukuyama cree que la historia sigue una carretera donde no es posible el cambio de sentido, si bien la trayectoria seguida no es recta, ya que el camino tiene curvas, vaivenes y algún bache que otro. Las irregularidades de la carretera son los acontecimientos horribles ocurridos en la evolución de la humanidad (el holocausto o las guerras fratricidas), pero en ningún momento esos accidentes, por sangrientos que sean, anulan la evolución de la sociedad universal. La historia tiene dirección porque la evolución de la sociedad está en gran parte condicionada por la ciencia moderna y el conocimiento científico.

Los progresos de la ciencia condicionan la organización de las sociedades. Los ejércitos, por ejemplo, han ido variando sus estructuras de acuerdo con la sofisticación de las armas, y a su vez, la amenaza de la guerra obliga a los Estados a reestructurar sus sistemas sociales de tal modo que faciliten la producción y el despliegue de la tecnología. Otra manera en que la ciencia natural moderna produce cambios históricos direccionales es a

través del desarrollo industrial. La industrialización es una consecuencia de la aplicación de las distintas tecnologías, pero esa industrialización ha producido ciertas transformaciones sociales en todas las sociedades, como la división del trabajo o la propia urbanización. Es por eso que el autor afirma que:

*«Si el dominio de la ciencia natural moderna es progresiva e irreversible, entonces la historia es direccional y las demás y diversas consecuencias económicas, sociales y políticas que fluyen de la misma son también irreversibles, en cualquier sentido fundamental que se las tome».*

Fukuyama considera que la ciencia conduce, de modo necesario, al capitalismo. Los avances tecnológicos requieren del sistema flexibilidad, o lo que es lo mismo, capacidad de adaptación ante la aparición de nuevos acontecimientos. La descentralización en la toma de decisiones y la iniciativa personal son básicas para mantener la competencia, para recibir y enviar la adecuada información, o para cambiar los procesos de producción. Las economías de planificación centralizada han carecido de una atmósfera de libertad para pensar y comunicar y por tanto, para innovar. También este tipo de economía ha destruido el incentivo del capital humano para progresar. Prueba de lo anterior ha sido el fracaso de la URSS, al no poder mantener el mismo ritmo de crecimiento económico de los Estados capitalistas, dando lugar a la transición de una economía centralizada a otra capitalista. También es el caso de China y de los países de la Europa del Este. Hoy se observa, que tanto el Primero, Segundo y Tercer Mundo, y con independencia de sus respectivas culturas, se está **creando una cultura universal económica: «el capitalismo»**, por ser la que mejor se adapta al progreso científico.

Aunque el capitalismo contribuye a que, en lo político, se implante la democracia liberal, no es por sí sola razón suficiente. Las interpretaciones económicas de la historia son incompletas e insatisfactorias, pues el hombre no es simplemente un animal económico. El hombre no sólo se mueve por instintos naturales, sino que como ser social, también busca el «reconocimiento» (lo que comúnmente se llama autoestima) de los demás miembros de la sociedad. En ocasiones, la búsqueda de reconocimiento le hace contravenir sus instintos naturales. El arriesgar la vida para alcanzar una hazaña es un claro ejemplo de subordinar el instinto de conservación de la vida por el deseo de prestigio. El reconocimiento pues es el segundo motor de la historia que explica la evolución de la sociedad hasta alcanzar la democracia liberal.

*« El problema de la historia humana puede verse, en cierto sentido, como la búsqueda de la manera de satisfacer el deseo de reconocimiento mutuo e igual de señores y de esclavos; la historia termina con la victoria de un orden social que alcanza esta meta».*

Partiendo del «primer hombre» de Hegel, el autor muestra como el reconocimiento ha impulsado la evolución de la historia. El deseo de reconocimiento tiene dos manifestaciones, la «megalothymia» o deseo de ser reconocido el mejor o el superior respecto a los demás, y la «isothymia» o deseo de ser reconocido como igual con relación a los otros ciudadanos. La megalothymia es una pasión que puede crear grandes problemas en la vida política y de hecho así ha sido.

A lo largo de la historia, la megalothymia ha tenido diferentes manifestaciones. En la sociedad estamental, unos pocos, la nobleza, materializaban el deseo de superioridad dominando a los plebeyos y a los esclavos. El imperialismo estaba impulsado por la búsqueda de una posición de superioridad de una nación frente a otras, las conquistadas. Este deseo también ha servido para comprender el comportamiento de determinados personajes históricos como Stalin o Hitler.

Las diferentes sociedades estamentales, imperialistas o despóticas no podían ser el fin de la historia porque tenían contradicciones en su seno. Tanto los que ocupaban una posición de dominio como los esclavos estaban insatisfechos, porque:

*«El señor desea el reconocimiento de otro ser humano, es decir, el reconocimiento de su valor y dignidad humana por otro ser que posea valor y dignidad: pero al vencer en el combate por el prestigio, se encuentra reconocido por alguien que se ha convertido en esclavo... El esclavo está también insatisfecho porque no goza de reconocimiento. Pero esta total ausencia de reconocimiento es lo que conduce al esclavo a desear cambios».*

Siguiendo el pensamiento hegeliano, la democracia liberal es la única forma política que ha conseguido evitar esas contradicciones. Tres son las razones que destaca Fukuyama para significar que la democracia liberal es el último estadio de la historia. Primero su **racionalidad** porque reconcilia la exigencia de reconocimiento del individuo como ser humano. Segundo su **universalidad** porque reconoce a todos los miembros iguales, con independencia de la ideología, raza o creencia. Tercero su **homogeneidad** porque crea una sociedad sin clases. Las dos fuerzas motrices que hacen avanzar hacia el final de la historia son la ciencia natural moderna y la lucha por el reconocimiento.

El deseo de reconocimiento, pues, es el eslabón perdido que permite relacionar la economía liberal y la política fundamentada en la democracia liberal; ya que el desarrollo económico favorece las condiciones más adecuadas para que las personas no sólo encuentren cubiertas sus necesidades básicas, sino también el reconocimiento que desean como seres humanos.

El autor a continuación analiza por qué la democracia liberal, a pesar de ser la máxima expresión del desarrollo humano, no ha alcanzado la universalidad y no ha permanecido estable una vez instalada en el poder en determinados Estados. El éxito y la estabilidad de la democracia liberal requieren un cierto grado de conformidad de los pueblos en donde se quiere implantar. La cultura puede llegar a ser un obstáculo cuando ciertos valores son contrarios a la democracia; el nacionalismo es otro impedimento, pues proclama la superioridad de unos sobre otros; también ciertas religiones pueden ser incompatibles con la democracia liberal, como la islámica, que si bien, a diferencia del nacionalismo, reconoce la igualdad universal, es remisa a la libertad en todas sus facetas.

Aunque, según el autor, todos los Estados terminarán alcanzando la democracia liberal, pero debido al grado dispar de desarrollo económico en el mundo, el fin de la historia será conseguido en distintos momentos, hasta entonces:

*«..., el mundo estará dividido entre una parte poshistórica y una parte todavía aferrada a la historia. En el mundo poshistórico, el eje principal de interacción entre los Estados será económico.... Por otro lado, el mundo histórico estará todavía fisurado por una diversidad de conflictos religiosos, nacionales e ideológicos, dependiendo del grado de desarrollo de cada país, un mundo en el cual seguirán aplicándole las viejas reglas de la política de poder».*

El mundo poshistórico es el mundo donde reina la democracia liberal. Las relaciones internacionales predominantes serán de cooperación, especialmente en términos económicos. En estas sociedades es poco probable que surja la guerra como medio para resolver los posibles puntos de conflicto. Ello es debido a que las sociedades liberales desarrolladas han sabido canalizar las energías que anteriormente invertían en satisfacer la megalothymia en el desarrollo económico, quedando poca fuerza y disposición al conflicto bélico.

En el mundo histórico, que comprende a los países que no han conseguido estabilizar la democracia liberal en sus sociedades, el conflicto y la guerra serán habituales para dar solución a las crisis que puedan surgir entre los estados.

Estos dos mundos, el histórico y el poshistórico, «*mantendrán existencias paralelas pero separadas, con relativamente poca interacción entre ellos*». Sin embargo, ciertos aspectos pueden dar origen a colisiones entre esos mundos. El primero es el petróleo, pues es un arma política que dispone el mundo histórico frente al poshistórico. El segundo la inmigración, el flujo de personas del Tercer Mundo hacia las sociedades desarrolladas, garantiza que los países democráticos sigan interesándose por el mundo histórico, bien para contener esa corriente migratoria hacia los respectivos países poshistóricos, bien para buscar la integración de los inmigrantes en sus respectivos Estados. Y el tercero la adquisición de tecnologías por los países del Tercer Mundo para aplicarlas al campo militar, especialmente las armas nucleares, bacteriológicas y químicas, es considerada por los países democráticos una amenaza para la paz mundial, por eso existe un interés común en impedir o al menos controlar la proliferación de este tipo de armas. En este mismo sentido, existe un deseo de facilitar el paso de esos Estados a formas políticas democráticas como mejor medio de asegurar la estabilidad de los mismos y por consiguiente del orden mundial. En definitiva, el autor considera que:

*«La relación entre democracias y no democracias seguirá caracterizándose por la desconfianza y el miedo mutuos, y a pesar de un creciente grado de interdependencia, la fuerza continuará siendo la ultima ratio en sus relaciones mutuas».*

En el «fin de la historia», los seres humanos alcanzan el reconocimiento universal y también una vida de seguridad. Ese estadio significa el fin de las guerras y de las revoluciones, la supremacía de la isothymia sobre la megalothymia. En esa situación, el hombre sólo tendrá que buscar satisfacer sus necesidades básicas, como hace cualquier animal, ya que el reconocimiento lo tendrá ganado. Pero la paz y la prosperidad permanente también pueden tener consecuencias desestabilizadoras.

*«La vida humana, pues, entraña una curiosa paradoja: parece que requiere la injusticia, pues la lucha contra la injusticia es lo que hace salir a la superficie lo que hay en él de más elevado».*

El autor considera que los orígenes de la Primera Guerra Mundial, además de los factores clásicos analizados, había otro más intangible, pero no menos importante, que empujaba a la guerra: «*muchos europeos deseaban la guerra simplemente porque estaban hartos de la apatía y la falta de comunidad de la vida civil*», lo que llevó a la población a la guerra.

En la última fase de la evolución de la historia universal, la democracia liberal encuentra su principal amenaza para su permanencia en el propio individuo que habita en él, si no se tiene en cuenta que el reconocimiento universal no debe defender el igualitarismo a ultranza, pues los hombres no son iguales en potencialidades y características. De ahí que la sociedad democrática y liberal deba mantener una cierta dosis de megalothymia como forma de superación de los ciudadanos, si bien dentro de los valores y aspiraciones legitimados por el propio sistema. El capitalismo, por ejemplo, habría desaparecido si no existiera una forma de megalothymia regulada y sublimada en el esfuerzo para ser mejor que los rivales en el mundo de los negocios.

Después de la guerra fría se ha recuperado al hombre en su integridad. Esto sólo ha sido posible por el hundimiento del comunismo y el triunfo de la democracia liberal. Aunque la democracia liberal es la forma política más avanzada de la sociedad humana, ésta no está exenta de obstáculos para su implantación y permanencia. Sin embargo, al no poseer en su seno contradicciones fundamentales, está llamada a extenderse por todo el mundo. El comunismo, por el contrario, fracasó, además de ser incapaz de adaptarse a los cambios tecnológicos, por no otorgar el reconocimiento que necesitaba el individuo para sentirse satisfecho.